

¿Un Globo del Bienestar?

*Dr. Agustín Basave Martínez**

La historia es el único proceso que extrae luz de las tinieblas. Pocas veces, en efecto, es la premeditación la madre del futuro. La humanidad suele virar a ciegas, sin saber a dónde va y a menudo ni siquiera a dónde quiere ir. La mueve con más frecuencia el impulso de desechar lo que ya no desea que la búsqueda de aquello con lo que habrá de sustituirlo. Las revoluciones ideológicas como la francesa y en mayor medida la soviética son excepciones que confirman la regla: la edificación de los nuevos órdenes se da generalmente sin planos preestablecidos. Hay en el devenir histórico, pues, más dosis de espontaneidad de la que muchos están dispuestos a atribuirle.

En la intersección de milenios en que nos encontramos podemos ver con claridad esa oscuridad de las transiciones. El derrumbe del Socialismo Real, que también se dio sin mayor planeación ni conciencia de lo que habría de reemplazarlo, nos dejó a merced de la unicidad doctrinaria. De la entronización del Liberalismo a la Globalización sólo mediaba un paso, y ése lo dio la tecnología. Entramos así de lleno a la era de la economía global, con reglas universalmente acatadas, con una febril competencia por atraer inversiones transnacionales, con mercados de capital que se impactan unos a otros. Pero esa mundialización económica no fue acompañada por la de la política o la de la cultura. Por el contrario, mientras las fronteras del dinero desaparecían, las de las nacionalidades se multiplicaban. El separatismo demostró que globalizar paradigmas no implica globalizar identidades.

Y no sólo eso. Si alguna duda quedaba, hoy se ha disipado: la Globalización no fue más una imposición de lo real que una elección de lo deseable. Para los remisos del Socialismo fue un cataclismo; para las élites capitalistas representó la realización de un anhelo largamente acariciado. Pero ni ellos tuvieron alternativa. Por lo demás, unos y otros están apenas atisbando sus consecuencias, y salvo algunos feligreses del *laissez faire*, a nadie parece estar gustándole lo que se ve. Las objeciones van desde Chomsky hasta Soros. Y lo más importante: la gente “común”, la más globalizable, se está inconformando. Las protestas contra la Organización Mundial del Comercio, contra el Fondo Monetario Internacional y contra cualquier organismo que represente a la aldea global (o globo aldeano, como prefiero llamarle) han encendido focos negros que iluminan de sobras un panorama ya de por sí sombrío.

No, no se trata de turbas de tercermundistas resentidos exigiendo que los beneficios del progreso alcancen a sus cinturones de miseria. Son miles de manifestantes estadounidenses, europeos y de muchas partes del mundo que irrumpen en donde sea con el único propósito común de echar a perder la luna de miel de los globalófilos. Personas de diversas clases sociales, generaciones y filiaciones políticas se unen para expresar su descontento por algo que no aciertan a articular. Suelen estar presentes sindicatos, organizaciones ecologistas, estudiantes, defensores de los derechos humanos y hasta simpatizantes de la derecha radical.

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Oxford y Profesor del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).

Que los sindicalistas se opongan a la OMC suela lógico: acusan al libre comercio de exportar sus empleos a otros países. Pero ¿qué hacen tirios y troyanos impugnando instituciones que en todo caso han hecho daño a otros países y muy probablemente han beneficiado al suyo?

En realidad el asunto es más complejo. Sí, es la globalización contra sí misma: individuos que se han percatado de los males de la globalidad gracias a los bienes de la globalidad, aislacionistas que se organizan por internet. Pero es también una nueva manifestación de sensaciones -más que ideas- de irritación, de rechazo a algo que no por ser inasible es menos aborrecido. Es una reedición de 1968 a escala global, o mejor dicho, con un móvil global. Entonces se dieron movimientos estudiantiles en varias partes del mundo, pero cada uno enmarcó su lucha en su ámbito nacional. Ahora todos pueden comunicarse y fundirse encontrando donde nunca se lo imaginaron: en una red que democratiza el elitismo. Y allí todos pueden hallar coincidencias, compartir frustraciones, potenciar marginalidades. Pareciera, en ese sentido, que un mundo más poroso deja ir el agua limpia y detiene las impurezas.

El 68 fue en buena medida la manifestación generacional de una inconformidad axiológica. Libertad contra autoritarismo, amor y paz contra odio y guerra. El inicio del Siglo XXI se está perfilando como algo más que un episodio de jóvenes que se rebelan contra los valores de sus mayores. Puede ser -ojalá- un reflejo de que también la conciencia social se está globalizando y que la Globalifobia haga las veces de la amenaza marxista que en su momento orilló al Capitalismo a forjar el Estado de Bienestar (quisiera creer que es el prelude de un globo de bienestar). Puede ser una consecuencia de la aceptación generalizada e indiscutible a la que ha llegado la Democracia en el inconsciente colectivo (¿quién está tomando las decisiones globales que no me ha preguntado mi opinión?). Puede ser un síntoma de que el actual vacío de creencias se esté llenado con anti creencias. El hecho es que una abigarrada masa de insatisfacciones está tomando forma, y que no sabemos qué tan grande puede llegar a ser ni a dónde se dirige. Lo cierto es que debemos estar atentos porque, aunque le pese a los fukuyamas y demás ideologicidas, la historia no ha terminado.